



TOMO I. NUM. 1

CENTENARIO DE URDANETA

MARACAIBO: 24 de Octubre de 1888

DIRECTOR Y EDITOR:
E. LÓPEZ RIVAS

EL
ZULIA ILUSTRADO

REVISTA MENSUAL

fundada con el principal objeto de dar a conocer en el resto del país y en el extranjero al Zulia con todas sus producciones y bellezas naturales y en todas sus manifestaciones de progreso.

MARACAIBO
IMPRENTA AMERICANA

1888

SUMARIO
DE ESTA PRIMERA ENTREGA

- Prospecto, por la DIRECCIÓN. General Rafael Urdaneta, del Diccionario Biográfico de SCARPETTA Y VERGARA.
- Don Rafael María Baralt, por don VÍCTOR ANTONIO ZERPA.
- Adiós a la Patria, por don RAFAEL MARÍA BARALT.
- Nuestros Grabados*
- Retrato del general Rafael Urdaneta.
- Facsimile de una carta autógrafa del mismo.
- Estatua de don Rafael María Baralt.
- Vista de la casa conocida antiguamente con el nombre de, "El Chirimoyo."
- Vista del Palacio de Gobierno



EL ZULIA ILUSTRADO

REVISTA MENSUAL

TOMO I.

MARACAIBO: 24 DE OCTUBRE DE 1888

NUM. 1

EL ZULIA ILUSTRADO

Director y Editor: E. LÓPEZ RIVAS

PROSPECTO

VAMOS á acometer una empresa que sería superior á nuestras fuerzas, si sólo con ellas debiésemos contar para realizarla; pero nos anima la esperanza de que el noble pueblo zuliano, eminentemente espiritual y progresista, nos ayudará con patriótico empeño á mantener en alto el nuevo pendón que hoy ponemos en sus manos para que, temolado por él con legítimo orgullo, anuncie á los demás pueblos, no tan sólo un nuevo triunfo suyo alcanzado en las grandes batallas del progreso moderno, sino la enumeración de todas sus victorias, el glorioso inventario de todos sus trofeos.

Ocho ó diez años hace que venimos acopiando cuanto hemos podido adquirir en materia de publicaciones periódicas, libros y manuscritos referentes al Zulia desde la Conquista hasta nuestros días; porque era nuestro anhelo formar con todo ello un libro que presentase á nuestra amada tierra ante los demás pueblos, de la manera más completa que nos fuese dable; pero han pasado los años, y ellos no han hecho más que afianzar en nuestro espíritu la convicción de nuestra incapacidad para realizar tamaña empresa.

Hoy que el Zulia se ha aviado con sus más hermosas galas para llevar ante los altares de la Patria las ofrendas de la gratitud hacia uno de sus hijos más preclaros; hoy que, con motivo de tan solemne momento histórico, abre su primera magnífica Exposición, con la que fomenta las artes y las industrias; hoy que establece el alumbrado eléctrico; tiende la red telefónica; empuja, en fin, á todos sus hijos por anchurosa vía hacia el porvenir sonriente y fecundo que le brindan sus destinos; creemos que ha sonado la hora de aprovechar los acopiados elementos, pues lo que antes era un simple propósito, un ferviente anhelo de nuestro patrio amor, se ha convertido, por obra de ese mismo progreso, en necesidad urgentísima de beneficiosa propaganda. Para llenar esa necesidad, hemos modificado nuestro primitivo

proyecto, dándole la forma de Revista descriptiva con ilustraciones adecuadas, y quedamos, por lo tanto, en el caso de llamar en nuestro auxilio el patriótico esfuerzo de todos los zulianos y de pedir á todas las inteligencias su brillante cooperación en nombre de esta tierra amada.

Ningún lucro reportaremos de una publicación tan costosa como ésta; por el contrario,

facsimiles de autógrafos, etc.; edificios públicos, calles, plazas, monumentos, paisajes, etc.; tipos y escenas de costumbres populares; nuestra variada fauna y nuestra bellísima flora; historia, tradiciones, curiosidades naturales y artísticas, antiguallas; tipos, costumbres, armas, vestidos y utensilios indígenas; industria, comercio y marina; poesías en loor del Zulia ó descriptivas de sus naturales bellezas; geografía y topografía de la Sección; itinerarios; institutos de enseñanza y de caridad; medios de locomoción; telégrafo, alumbrado eléctrico y teléfono; descubrimientos de cualquier género, minas, noticias científicas de artes ó de industrias; bancos y economía política; artículos y grabados sobre casos prácticos notables de medicina y cirugía, que se presenten en el Zulia; bibliografía, y tantas otras materias que pueden corresponder á nuestro propósito y á la índole especial de esta publicación y que en este momento se escapan á nuestra memoria.

No nos limitaremos á lo estrictamente zuliano: cuando un invento ó uno de esos acontecimientos de importancia universal se efectúen en cualquier punto de Venezuela ó en el extranjero, procuraremos que quede consignado en EL ZULIA ILUSTRADO por medio del grabado y del artículo explicativo. En las entregas subsiguientes publicaremos vistas y descripciones de nuestra primera Exposición y de las fiestas del Centenario.

Demás está advertir que desde sus comienzos no puede tener esta publicación todo el vuelo que ella puede alcanzar en lo sucesivo con el apoyo que no habrán de negarle cuantos amen el suelo en que nacieron y se enorgullezcan con sus adelantos. Ella será mensual, pero teniendo que pedir al extranjero los grabados, saldrá ocasionalmente mientras se regulariza la venida de aquéllos.

En estas columnas nadie encontrará nota destemplada ni apreciación ingrata: para encaminar esta publicación por el rumbo que nuestro amor al Zulia lo tiene trazado de antemano, hacemos completa abstracción de nuestra individualidad, de nuestras personales inclinaciones y hasta de nuestros resentimientos, por vehementes y legítimos que ellos sean; y asimismo esperamos que todos prescindan de nuestra personalidad y de nuestro nombre en cuanto puedan ellos ser óvices á la realización del patriótico pensamiento.

F. LÓPEZ RIVAS.



GENERAL RAFAEL URDANETA

resuelto tenemos ya cooperar á su sostenimiento con el valor del trabajo tipográfico y con nuestros personales esfuerzos, como simples compiladores.

Esta primera entrega, completamente improvisada, es como una muestra de lo que será EL ZULIA ILUSTRADO: en sus páginas irán apareciendo nuestros próceres, escritores, poetas, sabios, educadores y hombres útiles (en la grande acepción de la palabra), con rasgos biográficos,

do de antemano, hacemos completa abstracción de nuestra individualidad, de nuestras personales inclinaciones y hasta de nuestros resentimientos, por vehementes y legítimos que ellos sean; y asimismo esperamos que todos prescindan de nuestra personalidad y de nuestro nombre en cuanto puedan ellos ser óvices á la realización del patriótico pensamiento.

GENERAL

RAFAEL URDANETA

Nació en Maracaibo el 24 de octubre de 1788. Bolívar, que llamó á Arismendi astuto, á Bermúdez impetuoso, á Mariño gallardo, á Monagas valiente, á Montilla bizarro, á Páez bravo, á Salom constante, á Santander culto, á Soublette discreto, á Valdés osado, dió á URDANETA el calificativo de brillante. Y ¿ cómo no serlo quien como él empezó la carrera de sacrificios por su Patria emigrando de Venezuela, peleando en las contiendas de Venta-Quemada, en diciembre de 1812; toma de Bogotá en enero de 1813, en la que cayó prisionero como que defendía la Federación; saliendo entre los auxiliares de Cundinamarca que Bolívar recibió en Cúcuta, en donde se le confió el mando de 500 soldados, con los cuales pisa el suelo amado de la Patria, sigue en alcance de Ribas llevando 50 compañeros y el material del Ejército; le encuentra en Boconó, vencen en Niquitao, ocupan á Araure, y vencen en Horcones en 19 y 22 de julio de 1813, adueñándose de San Carlos y La Victoria, y recibe el 6 de agosto los victores en Caracas? Triunfa en el Mirador de Solano, bajo una lluvia inmensa de balas y metrallas lanzadas en tan desesperado combate, y en el cual URDANETA apareció iluminado por la luz rojiza de las descargas y el abrasador rayo de un sol tropical. En Bárbara y Trincheras fueron despedazados los enemigos. ¿Cómo no serlo? Allí estaban Girardot, Ribas y URDANETA inspirados por el genio de Bolívar, al frente de sus respectivas divisiones. Si le vemos digno en el desastre de Barquisimeto, le encontramos sublimemente terrible en la batalla de Vígirima. El Sol que lució en la jornada de Araure el 5 de diciembre, no se ocultó sin haber sido testigo de su proclamación como vencedor en tan sangriento hecho de armas contra el español Ceballos, que la pierde y se embarca para Guayana. Infortunado después en Barquisimeto el 9 de marzo de 1814, contra Cajigal, lleva el laurel del triunfo en la defensa de San Carlos, durante ocho días de pelea, de donde salió con los suyos abriéndose paso con sus espadas para ir á ser envidiado defensor heroico de Valencia, con 280 republicanos contra 3,000 realistas de Ceballos, quien, á los cinco días (3 de abril) de combatir sin misericordia, desistió de sus ataques, siendo imposible someter el puñado de titanes, sus adversarios, en la desesperada lucha. . . . En el campo llamado del Arado, el 16, fué ángel tutelar de los despedazados batallones republicanos; y tanto, que bajo la bandera de los cuerpos que allí mandaba y que quedaron diezmados, se reunieron muchos valientes con quienes emprendió marcha para la Nueva Granada, combatiendo antes de pisar el suelo en Mucuchies, en donde pudo con su **pericia y su valor** impedir mayores desastres en sus tropas que sufrieron la desgracia de **dejar 400** de sus compañeros tendidos en el campo que hizo suyo Calzada, el 7 de setiembre de 1814. URDANETA ve á Bolívar en Cúcuta el 12 de noviembre, se

pone á sus órdenes, obran sobre Bogotá que rinden el 12 de diciembre, y Jefe de operaciones sobre Cúcuta, sufre un descalabro en Bálaga el 25 de noviembre de 1815, con pérdida de 200 entre muertos y heridos, que tomó su vencedor Calzada. Esta desgracia le condujo á un juicio militar, del que fué absuelto, por cuanto su deber habia quedado en el mismo puesto de honor que su valentía. Á causa de sus desavenencias con M. de Valdés y Cruz Carrillo, el ejército de Oriente se unió á Páez, quien le da en Arichuma el mando de una división y pelean contra los realistas en Guachiría el 29 de junio de 1816, Los Cocos, Yagual, en la que con sus hùzares venció á los contrarios y salvó de un desastre á sus compañeros Servier y Santander acosados por Torrellas y López. Bolívar le envía á que mande las tropas en Margarita y entra á Caracas como Gobernador en 1818. En Semén recibió una herida y en Angostura fué de la comisión que convocó el Congreso, en la cual el Libertador dijo: « Por mi parte, yo renuncio para siempre la autoridad que me habéis conferido. El primer día de paz será el « último de mi mando. » Á la altura del patriotismo más elevado, estaba el de URDANETA; por eso el Libertador pone á sus órdenes las tropas de English, y con ellas, después de ser vencedor en Pozuelos, se adueña de Barcelona y pone en dura prueba su no desmentido valor, en el atrevido ataque á las fortalezas de Agua-Santa, en donde una bala de cañón, en su rebote, dió con URDANETA que recibió una herida, á tiempo que 150 de sus compañeros cubrían con sus cadáveres las terribles bases de los fuertes y que él perdía también su caballo en tan temeraria empresa, el 3 de agosto de 1819. Sin desmentir sus dotes militares se retira para Maturín, á donde llega el 20 casi solo, pues los alemanes se morían ó se pasaban al enemigo por no soportar el hambre y la desnudez. Y como á lo militar valeroso y diestro junta lo de ciudadano ilustrado, ocupó un asiento en el Congreso de Angostura, de donde salió á mandar el ejército del Norte, á favorecer el pronunciamiento de Maracaibo en favor de la Independencia, el 28 de enero de 1821, y ser de los vencedores en Carabobo 23; Jefe de las tropas de la Pacificación del Zulia y Santamarta, en el envío de auxilios al Perú, fué notable su oposición á Páez, con motivo de su separación de Venezuela en 1826. Sigue para Bogotá con el ejército á ocupar en breve la Secretaría de Guerra y Marina. Grandemente defensor de Bolívar, le sostuvo el 25 de setiembre de 1828 en Bogotá. Turbado el orden en 1830, asume el mando supremo, y muerto Bolívar, dice en su proclama de 9 de enero de 1831: « Las pasiones, aun las más encarnizadas, deben darse por satisfechas, pues el Libertador no pertenece sino á la Historia, y alrededor de su tumba debemos juntarnos para revivir la Patria y meditar sobre la situación angustiosa de Colombia. » Entrega el mando el 13 de mayo, después de restablecer las garantías constitucionales y convocar el Congreso de Villa de Leiva; y diciéndolo su último adiós á la Nueva Granada, parte para Venezuela el 28, en donde encontró una acogida digna de

él, del país que se la daba y de la dignidad del Jefe de la Nación que se la ofrecía. Y el general RAFAEL URDANETA, que ganó veinte batallas, que perdió siete, que fué sitiador siete ocasiones, sufrió dos veces el sitio y dió dos asaltos; el que llevó bien puesta la espada que le ciñó la Patria, y la hizo brillar siempre con inmarcesible lucimiento; el que merece que le canten los poetas, le reproduzcan los pintores y le modelen los estatuarios, terminó como se quema el pebete dejando ambiente de fragancia inefable, muriendo de Ministro de Venezuela en París, el 23 de agosto de 1845.

Del Diccionario Biográfico de Scapetta y Veigara.

Don Rafael Maria Baralt

A PENAS contaba este ilustre venezolano cuarenta y nueve años, seis meses y un día de una existencia tan útil como admirablemente laboriosa, cuando falleció en Madrid el 4 de enero de 1860, habiendo nacido en Maracaibo (del Zulia de Venezuela) el 3 de julio de 1810.

La vida de este ingenio verdaderamente singular debe considerarse breve, cuando, al recordar que ella estuvo siempre « condenada — como él mismo lo dijo en su discurso de recepción en la Real Academia Española — á todo género de azares y conflictos », se contempla también cuál fué el número y cuál la calidad de sus producciones intelectuales.

Él es, entre los literatos de Venezuela, aquel de quien, consideradas sus obras, al respecto de las exterioridades, nos han quedado los mejores modelos del lenguaje castizo en la prosa y de la dicción clásica en el verso.

Mañanearon en su inteligencia las luces del saber, y en su pluma se aposentó el genio del bien hablar desde que ésta tuvo que dar de sí los primeros reflejos.

Un instinto que llamaremos respetuoso nos guía ahora lejos del designio de establecer comparaciones, pues no nos agradaría hallar algo que no fuese la igualdad en aquellas á que nos condujera el asunto; pero no por eso dejaremos de ser firmes en la explícita justicia que nos demanda el concepto que tenemos de la superioridad de ingenio que en BARALT revelan todas sus obras, dotadas de cuanto da brillo y primor á la expresión del pensamiento, labradas con todas las gentilezas de un verdadero artista de la idea, y llenas de la energía y el frescor de un espíritu elevado que se trasparenta en sus lucubraciones.

En pureza de lenguaje y en virtudes de estilo creemos que no hay quien le aventaje en toda la América, y que pocos le igualarán en la misma España de hoy, pensando en esto de acuerdo con don Felipe Tejera.

Esta rotunda afirmación que ponemos aquí, sin olvidar que don Andrés Bello (el patriarca de la literatura hispano-americana, como también le ha llamado últimamente don Marcelino Menéndez Pelayo) es el primero y el más insigne de cuantos en la América han trillado la senda del saber y cultivado la literatura, va en este lugar, como fué ilimitadamente restringida á las excelencias de la forma y á las propiedades del ingenio; siendo así que ella nace de la honda impresión que en nuestro ánimo ha dejado siempre la lectura de las obras de BARALT, empapadas, por decirlo así, en aquel gusto clásico y en aquella manera de expresión

privativos de los escritores del siglo de oro de las letras castellanas, que en el presente sólo han podido ofrecer muy pocos de los más renombrados y puros de la península, y ahora por ventura uno que otro americano.

Parecía BARALT nacido para transparentar en su dicción la de aquellos grandes modelos de clasicismo castellano, y se dejaba oír, como hombre chapado á la antigua, con habla sabrosa, dulcisona y poética en la prosa misma, reluciente en bellísimas y no desusadas antiguallas, sin que por eso fuese menos nuevo y sorprendente en las ideas. Si sus modelos fueron el oro y la filigrana de ambos Luises, de Mariana y de Rioja, en lo tocante á las exterioridades del pensamiento; su espíritu vivía en este siglo y sólo aspiraba á los esplendores del porvenir, fecundo á toda hora en ideas generosas, el pecho henchido siempre de amor á la libertad, al orden, á la justicia y á la ciencia. Fué en él más eficaz el poderoso ingenio y la nativa inclinación, que lo ha sido en otros la paciente aplicación al estudio constante; y así fué cómo, á los veinte años de su edad, sorprendió á todos hablando sin esfuerzo, y como en la ingénita suya, la antigua lengua de los civilizadores del continente de Colón. La que él usaba, para deleite y provecho de sus lectores, no era por cierto ésa de las repeticiones triviales, de la armonía hueca, de los retruécanos y armazón de palabras sin fondo de pensamiento en que, por desgracia, abunda hoy nuestra literatura; sino una que, sin dejar de ser la clásica antigua por la identidad de las formas, aparecía original y flamante en los conceptos, y llena si cabe, de mayor majestad, y aun más hermosa, como pocos españoles en este siglo han tenido la fortuna de alcanzarla. ¿Cuánta sorpresa causa un joven americano, que nace y crece en los días turbulentos de la revolución informa su corazón y su espíritu en los sentimientos é ideas de aquellos tiempos, y va, sin embargo, como por un instinto, á tomar las bellezas propias de la expresión en las más puras fuentes de la nación que nos legara su lengua y sus costumbres!

Clásico, puro, deleitoso: hé ahí lo que es BARALT en su lenguaje, que así es admirable cómo es digno de ser imitado.

¿Sabía él tanto de los veinte á los veinticinco años como otros en una larga vida de estudios? No hay para qué averiguarlo; y contentémonos con observar que las formas de su dicción eran ya entonces tan puras y melódicas en la prosa, como ninguno antes que él las había usado de los nacidos en América, y como pocos las han ostentado en la misma España.

En todo lo dicho hasta aquí nos hemos venido refiriendo á las obras en prosa de don RAFAEL MARÍA BARALT, y de éstas, con especialidad, á sus primeras producciones, es decir, á su *Resumen de la Historia antigua y moderna de Venezuela* y á sus composiciones literarias de los años juveniles; pues nos admira más la pureza de su lenguaje en éstas, como si hubiese sido él uno de los alumnos que se apersonaban con Fray Luis de León á oírle explicar los secretos del estilo, y salían luego del aula hablando con la propiedad que alcanzaban á imitar del maestro, que aquellas obras posteriores (con excepción de su admirable discurso académico) en que, ya por la necesidad de corresponder á la urgencia con que oprime al escritor la demanda perentoria del periódico, ó ya también por las modificaciones que el ejercicio proporcionó á su habla, no aparece después el mismo con su dicción antigua sin ser arcaica, aunque sí majestuoso siempre, atinado en la elección de los términos, más correcto, si cabe, original las más veces, y no dejando nunca de

estar encerrado en los límites de la norma clásica, y moviéndose de continuo entre las armonías de un decir aflagranado y hermoso.

De esta precocidad que mueve á la admiración en el gran talento de BARALT, es buena muestra la que consideramos como primera de todas sus producciones: la *Introducción* de un folleto que él dió á la estampa en Valencia, en 1830, con el título de «*Documentos militares y políticos relativos á la campaña de vanguardia dirigida por el Excelentísimo señor general en Jefe Santiago Mariño, publicados por un Oficial del Estado Mayor del Ejército*», en la cual despunta ya el escritor sublime y se echan de ver las facultades con que cuenta, siendo así que apenas frisaba entonces en los veinte años de su edad: no hay brillo ni vuelo, es verdad, en aquel escrito, que apenas descubre la fogosidad del joven en algunos rasgos, porque él propio declara haberse propuesto desnudarlo del «*rojaje engañoso del ornato y la pompa*»; pero en cambio, sobre ser esto mismo, dado el objeto particular de la pieza, una prueba de juicio anticipado y de reflexión precoz, hay que notar en ella lo netamente castizo de la forma, y el gran fondo filosófico que revela cuando se da á discurrir, bien que muy á la ligera, acerca de la revolución separatista y sus causas.

Y volviendo de pasada al *Resumen de la Historia antigua y moderna de Venezuela*, para considerar en ella el lenguaje de BARALT como modelo del buen decir y tipo acabado del corte clásico de nuestros maestros en el habla, bástenos recordar, como ya lo notó el escritor zuliano señor doctor Jesús María Portillo, las citas que de muchos de sus pasajes aparecen en la *Gramática Castellana* de don Andrés Bello, escogidos para dechados de las maneras de expresión más recomendables, ó para confirmar una opinión acerca del uso ó el sentido de una voz. Y cuenta que don Andrés Bello utilizaba esa obra á la par de las mejores de los clásicos españoles, cuando más y más depurado su gusto en el estudio asiduo de aquéllos, y teniendo en mira, con aquel juicio recto y claro cual ninguno, los pocos años del autor americano, debía de obrar á impulsos de la sorpresa y admiración con que era natural leyese las formas típicas de la más correcta dicción castellana manejadas por un escritor novel del Nuevo Mundo.

Como cantor inspirado que se producía en «*estudiados y perfectos versos*», según la atinada frase con que le calificó el ilustre escritor don Juan Vicente González, BARALT es, por antonomasia, el poeta clásico de Hispano-América; y en sus liros relucen con más brillo que en los giros de su poética prosa, la propiedad del lenguaje y las excelencias de la dicción. La sublimidad de su estilo no tiene igual.

Don Felipe Tejera, que es, como distinguido poeta él mismo, autoridad que nos place citar, considera á BARALT «*el más puro, correcto y grandilocuente de los poetas venezolanos*». Le halla «*empapado en la rica literatura española*», y dice que «*sus odas, sobre todo, tienen aquel sabor deleitable de los maestros del siglo de oro, con más perfección en el plan, con formas excelentes, más encumbrado vuelo, más espléndidas imágenes y una magnificencia de epítetos y ritmo que rivaliza con los mejores del Parnaso de Castilla*».

«*Leyendo sus poesías*—agrega el señor Tejera—se experimenta doble placer, ya con las bellezas originales que contienen, como con las felices y preciosas imitaciones de la gran lírica española en que abunda. Sus odas nos recuerdan al divino Herrera, al melifluido Gar-

«*cilaso, al famoso Luis de León, á Rioja, Ar- guijo y Cienfuegos. La imitación así, produce en el espíritu un efecto semejante al de los colores ó la música, cuando despiertan en el corazón la memoria de la felicidad pasada, los cuadros más tiernos y patéticos de la juventud ó de la infancia. Son como las dulces reminiscencias de paraísos perdidos á donde ya sólo pueden volver nuestros suspiros en las alas fugitivas del recuerdo.*»

No es designio nuestro, ni á tanto osaríamos tampoco en ningún caso, el juzgar aquí las propiedades de tan alto ingenio. Creemos, por lo demás, que la obra crítica de los trabajos de don RAFAEL MARÍA BARALT, así en lo que se refiere á la poesía como en lo tocante á sus lucubraciones en historia, en filosofía-política y en filología, está aún por hacerse (como ya lo insinuó desde 1875 el inspirado poeta y distinguido escritor señor don Ermelindo Rivodó); y que es, cuanto indisculpable, digno de lamentarse el olvido en que se han dejado dormir en Venezuela las obras de tan insigne autor, con daño de las generaciones nuevas, que apenas acertarán á conocerlas, de odas. Es grande lástima que los escritos de tan celebrada inteligencia no figuren aún en una serie de volúmenes que sirvan de pasto á la juventud estudiosa, y sean de la nación timbre, y ejecutoria de un pueblo que así probará el no mirar con desdén sus glorias verdaderas. En verdad, se ignora ya cuánto fué y dónde está todo lo que escribió don RAFAEL MARÍA BARALT, pues apenas circulan por ahí algunas de sus poesías, pocas de sus breves y melódicas composiciones en prosa, el *Discurso de Recepción* en la Real Academia Española, y el *Diccionario de Galicismos*: siendo así que el mismo *Resumen de la Historia antigua y moderna de Venezuela* se hallaba tiempo há completamente agotado en su primera edición, y no había esperanza alguna de lograrlo de nuevo, hasta ahora que la casa editorial de los señores A. Bethencourt é hijos se ocupa en preparar la segunda edición. Y de ello es preciso dolerse tanto más, cuanto ninguno de los que se aficionan á leer ignora que él trabajó arduosamente en la prensa periódica y publicó numerosos opusculos en España, fuera de lo que haya dejado en fárbara sobre su grande obra proyectada con el título de *Diccionario Matriz de la Lengua Castellana*.

Quien, como él, tenía el don de decir siempre cosas buenas y nuevas, hablando de continuo á la altura de los maestros tanto por la forma como por la esencia de los asuntos, no ha debido dejar ningún rípió despreciable en sus escritos, y todo en ellos ha de ser obra de provecho en la literatura española, como ya lo fueron también para la misma los trabajos periodísticos del incomparable y profundo Balmes, y las lucubraciones todas del sabio americano don Andrés Bello, y como lo habían sido antes las que en diferentes órdenes de ideas legara á la posteridad el muy insigne don Gaspar Melchor de Jovellanos.

Concretándonos á las publicaciones de BARALT en España, sólo hemos tenido ocasión de ver, á más de sus poesías y su insuperable discurso ante la Real Academia Española, las que, ya de su sola pluma, ya en colaboración con don Nemesio Fernández Cuesta, corren en varios tomos que se conocen con el título de *Obras de Baralt y Cuesta*.¹

¹ En las *Obras de Baralt y Cuesta* (Mad. id. 1849) se hallan insertas ó anunciadas las siguientes publicaciones hechas por ellos, y que en su mayor parte son tratados extensos, obras bastantes para que se forme de cada una de ellas un libro voluminoso:

Programas Políticos. Primera Parte. *Programa Político*. Segunda Parte. Examen histórico y científico de los prospectos ó programas políticos que

Se insertan en ellos varios opúsculos de gran fondo filosófico-político, y versan casi todos esos trabajos sobre cuestiones de actualidad entonces en España; pertenecen en su mayor parte á la ardorosa lucha de la prensa y revelan al patriota nobilísimo que brega sin cesar por el triunfo de sus principios. Uno es el pensamiento, una misma la fuerza de su impulso, uno sólo el sentimiento que mueve y guía en su acción á dos inteligencias superiores, á dos voluntades resueltas: el amor á España, la Patria del heroísmo legendario, bajo una idéntica aspiración al mejoramiento de sus sistemas políticos. BARALT y CUESTA fraternizan de alma y corazón en esas ideas, y se uniforman en su expresión apareciendo como de mano única lo que viene de dos espíritus eminentes.

Allí es donde se echa de ver al publicista que alcanza á ser oído y ensalzado de muchos que en la Península lo eran también notabilísimos, y su palabra se dilata entonces á través de las naciones civilizadas. Gran triunfo, único hasta aquellos días, para un ameri- que sienta ; zca de adalid filósofo en la culta Europa, y participa en la discusión de sus destinos cual pudiera y debiera el más experto y hábil de sus escritores sobre derecho público.

Y aquí se nos viene á la memoria la hermosa apóstrofe de don Juan Vicente González, cuando evocaba á BARALT con estas expresivas palabras: « Y tñ, ¡ oh poeta !... llevas te á orgullosos y antiguos pueblos la soberanía del genio, el artificio mágico de tu estilo. El extranjero puso á tus pies coronas, y te sentó, asombrado, en medio de sus maestros. »

vieron la luz en España desde enero de 1848 hasta principios de 1849.

- Historia de las Cortes de 1848 á 1849.
- Los Europeos en 1849.
- De la libertad de comercio en general.
- Porvenir del mundo con relación á los sistemas
- Almuerzo-público más en boya.
- El verdadero honor.
- El hábito hace el monje (novela).
- Folleto de folletos, ó juicio de las producciones más notables que han rido la luz pública desde principios de 1849 respecto de la política y la administración del país.
- El tráfico de esclavos.
- Español y los españoles.
- Reforma Colonial.

Como redactor principal de *El Siglo*, de Madrid, se dió BARALT a la defensa ó propaganda de los principios políticos y sociales en que él tenía basados sus ideales de orden, progreso y libertad. Algunos de esos trabajos revistieron un carácter especial de tratados casi didácticos, en que todo era esmerado y se lo guiaba todo por la vía de la perfección literaria. Entre ellos figura uno luminosísimo sobre la *Libertad de Imprenta*, el cual, aunque inserto entre los opúsculos de BARALT y CUESTA, es producción exclusiva de BARALT, yendo sólo precedido el texto de la obra por una introduc-

tenéis mucho que aprender, oh vosotros todos los que os preocupáis de la libertad y garantías necesarias á la emisión del pensamiento no restringido por los resabios de la edad antigua! Allí una idea clara de lo que es y debe ser el pensamiento libre, una síntesis ingeniosa de cuanto en su objeto y tendencias encierra la prensa periódica, y una exposición seductora de las razones inconcusas en que se fundan á este respecto las aspiraciones de la sociedad moderna! Allí, sobre todo, la confutación de cuantas objeciones han opuesto al establecimiento y práctica de esta necesaria reforma los predicadores del falso progreso, representantes de las viejas tradiciones políticas! *

De cómo debió de ser combatida y angustiosa á las veces la existencia que nuestro ilustre compatriota llevó en España hablan bien claramente las propias palabras suyas que antes hemos citado del discurso de recepción en la Real Academia Española, al referirse á « las vicisitudes de una vida condenada á todo género de azares y conflictos »; y lo declaran también las expresiones con que á él alude el ilustre don Tomás Rodríguez Rubí, al tomar posesión del sillón en que le sucedía en la misma Academia, cuando expresa « la timidez con que fija su planta sobre la huella del hombre que tan honda la ha dejado en el más próximo campo de las letras, y en los anales del infortunio, del sufrimiento y de la cristiana resignación. »

Pero si á circunstancias no enteramente conocidas aún por acá

(al menos para el que esto escribe) se debe la existencia de esas frases amargas en que resalta el hecho de los sufrimientos que atribularon la grande alma de BARALT, fué allá, fué en España, segunda Patria suya, donde él alcanzó los mayores honores que decoraron su nombre, dieron base y expansión á su fama en la república de las letras, y vertieron, sin duda alguna, en su fuerte y denodado corazón, las aguas puras de

* Nos ocurre llamar aquí la atención sobre las reproducciones que de trozos de este tratado han hecho algunos periódicos venezolanos como obra conjunta de BARALT y CUESTA, no siendo, como queda dicho, sino exclusiva de don RAFAEL MARIA BARALT.

Dr. Don Francisco Antonio Urdaneta
Caracas, Sept. 1859

Mi querido Amigo

En cuanto a guarnición de Caracas he de tener que hablar con el Jefe, pero siempre hablaré. No me la olvidará de una guarnición en Caracas. El Servicio Militar debe ser la máxima actividad, y no crea que me opongo a que para la Prov. han hecho pedam de tropa; a Para la ha pagar, han querido a meter hacia J. Orizuela. Pero la ha pagar, y hoy no piden y hacen de servicio. La fuerza personal no es J. Orizuela; en J. Orizuela mantiene los pueblos en tranquilidad. Pero, J. que sea atribuido a la milicia a un nivel. El Sr. Orizuela es un gran hombre. El Sr. Orizuela es un gran hombre. La Destina a los de la Orizuela a los de la Orizuela. En Caracas no hay un Orizuela, y hoy paguen. Sobre la Prov. de Guaymas hay 50 hombres en Guaymas y hay J. Orizuela y Orizuela. El Sr. Orizuela que tiene los planes cubre a Orizuela a Orizuela. En una Orizuela el Sr. Orizuela es un gran hombre que ha trasladado a Orizuela, cubre la Orizuela, y de Orizuela J. Orizuela. Pero en la que una Orizuela a Orizuela? aquí la Orizuela. Orizuela que una Orizuela y Orizuela no fueran tener. J. Orizuela también. El Sr. Orizuela es un gran hombre que no tiene Orizuela, J. Orizuela que una Orizuela y Orizuela.

Facsimile de una carta autógrafa del general Urdaneta

ción del señor Cuesta. Compúsole BARALT en artículos editoriales publicado en *El Siglo* del 11 de febrero al 24 de marzo de 1848. Allí

Biografía del presbítero don Joaquín Lorenzo Villanueva. (Se halla este trabajo precediendo al tratado que dicho notable autor español había escrito en 1821 y 1823 con el título de *Los Angélicos Fuentes ó El Tomista en las Cortes*, y que los señores BARALT y CUESTA publicaron en 1849.)

Causa formada al Brigadier don Eduardo Fernández San Román. (Colección de documentos relativos á esta célebre causa político-militar.)

Libertad de Imprenta por don RAFAEL MARIA BARALT, precedido de una introducción por don Nemesio Fernández Cuesta. (Editoriales de *El Siglo* de Madrid, del cual era Redactor principal el señor BARALT, publicados desde el 11 de febrero hasta el 24 de marzo de 1848.)

un consuelo positivo, infiltrado en su espíritu generoso con la satisfacción que lleva á la conciencia el valer propio justificado en obras que se imponen á la opinión de los demás, y la uniforman y compactan en el reconocimiento del mérito laureado.

Sin duda que España fué la Patria literaria de BARALT, como atinadamente lo ha dicho el señor doctor Jesús María Portillo.

Con razón, pues, observa el distinguido escritor colombiano señor don José María Torres Caicedo, que BARALT recibió en España toda especie de honores, pues él vió allá premiadas algunas de sus obras por el Liceo de Madrid, y su nombre inscrito entre los individuos de número de la Real Academia Española, que le llamó á que tomase asiento en medio de los sabios eminentes que entonces contaba, como en toda época ha contado, aquel ilustre Cuerpo; obtuvo del Gobierno de la Nación distinciones honoríficas y empleos de confianza, y oyó de su gran mérito los más justos elogios tributados por altos ingenios del país, muchos de los cuales le alentaban y aplaudían en prólogos y en juicios de crítica imparcial ó en artículos de periódico.

Hízolo así el célebre y simpático don Juan Eugenio Hartzenbusch, honrándole en ciertas frases del prólogo con que exornó el *Diccionario de Galicismos*; y el académico don Joaquín Francisco Pacheco cuando, en su discurso de contestación al señor BARALT, calificó el de éste, como digno sucesor del Marqués de Valdegamas, de «superiormente pensado, «escrito con tanta pureza, con tan agradable estilo, en tan correcto y escogido «lenguaje»; y refiriéndose luego á la grande obra que le habia de impedir á BARALT que concluyese, su diccionario etimológico, y que él habia emprendido «con una audacia de las más «justificadas y honrosas, al són de los «elogios de la España entera», dijo así:

«Sin hablar de otros títulos que distinguen al nuevo académico, sin analizar escritos de muy diversa índole que le ha debido nuestra literatura, sus apuntes históricos, sus controversias políticas, sus poesías tan sentidas como delicadas; me es imposible, señores, no recordarle la empresa de su filosófico *Diccionario*, que ha merecido tiempo hace «nuestra más cumplida aprobación, y que «la España inteligente aguarda con viva «impaciencia.»

Y el célebre autor dramático don Tomás Rodríguez Rubí, en su discurso de recepción poco antes citado, se refirió á don RAFAEL MARÍA BARALT, antecesor suyo en el sillón académico, con estas palabras:

«Al pronunciar este nombre inclino «mi cabeza ante la sombra del que rayó «tan alto por su saber como por sus «desgracias, para rendir, como sinceramente rindo, á su buena memoria el «homenaje de mi reverente admiración, «y acompañar en su duelo á la poesía, á la «historia, al derecho público y á la ciencia «filológica, que en él lamentan con justicia la «prematura desaparición de uno de sus más «ilustres hijos.»

Muy conocido es, por último, el juicio crítico que don Eugenio de Ochoa publicó cuando en 1849 premió el Liceo de Madrid la celebrísima oda «*Á Cristóbal Colón*» del señor

BARALT. Antes de concretarse á la composición que analizaba, hace el distinguido literato español una ligera apreciación del carácter general y la índole literaria de los escritos de aquél:

«El señor BARALT es más que un poeta; — «dice — es un verdadero literato.»



Estatua de don RAFAEL MARÍA BARALT. Inaugurada en Maracaibo en la plaza de su nombre el 24 de los corrientes.

«él es, entre los muchos que hoy toman entre «nosotros el nombre de poetas y el de literatos, «uno de los pocos que merecen el primero y «justifican el segundo con sus escritos.»

«Tiempo hace que seguimos con vivo interés y atención suma las diversas manifestaciones del ingenio del señor BARALT, como

«publicista, como filósofo y como poeta, y de «este estudio hemos sacado la convicción de «que es sin duda una de las cabezas mejor «organizadas, uno de los hombres más instruidos y uno de los escritores más correctos con «que cuenta nuestra literatura contemporánea.»

Pero ya es tiempo de que nosotros consignemos aquí nuestra rápida reseña sobre alguno de los principales sucesos que formaron la vida de este esclarecido ingenio.

Don RAFAEL MARÍA BARALT nació en Maracaibo, Sección Zulia de la República de Venezuela, como ya se dijo, el día 3 de julio del año de 1810, de padres respetables y distinguidos, que lo fueron el señor coronel don Miguel Antonio Baralt y la señora doña Ana Francisca Pérez, oriunda ella de la República Dominicana.

Nació BARALT juntamente con el honroso y trascendental movimiento de la Revolución de Independencia, y venía al mundo á tiempo para ser, en su oportunidad, el más sedoso de los narradores de aquel grande esfuerzo histórico de una porción notable de la Humanidad, que veía llegado el momento de encaminarse á la meta de su porvenir.

Su infancia la pasó en Santo Domingo hasta la edad de once años, habiendo llevado allá á su familia las vicisitudes políticas de aquellos tiempos calamitosos.

Es fama que en 1821 regresó él á Maracaibo, y vivió allí cinco años, al cabo de los cuales el señor don Luis Baralt, tío suyo, le llevó á Bogotá, en cuya Universidad cursó don RAFAEL MARÍA Latinidad y Filosofía hasta recibir el grado de bachiller en esta facultad. Enlazado ya un curso de Derecho, ó disponiéndose á comenzar, hubo de interrumpir sus estudios para volverse á Venezuela.

No pudo llegar á ser completo el curso de Jurisprudencia que seguía BARALT en Bogotá, pues á principios de 1830 le vemos ya en Maracaibo (á donde sin duda no se trasladó él después de la muerte del Libertador, como equivocadamente se ha dicho, sino antes) tomando parte en el movimiento revolucionario separatista que dió por resultado la disolución de la Colombia de Bolívar, y la fundación de la República de Venezuela; y bien se ve que los cuatro años transcurridos del 26 al 30 sólo eran bastantes para que hubiese estudiado el idioma latino y hecho el curso de filosofía, según lo riguroso de los estudios metódicos de la época.

Él figura entre los firmantes del pronunciamiento de Maracaibo por la separación de Venezuela, efectuado á 16 de enero de 1830, y de allí siguió luego en servicio militar como oficial del Estado Mayor del Ejército de vanguardia que, á las órdenes del general Santiago Mariño, hizo en aquel año la campaña separatista en el Occidente de Venezuela y en los valles de Cúcuta.

Hallándose BARALT de vuelta de esta breve campaña, escribió el folleto que antes hemos citado como la primera de sus producciones, y en los años subsiguientes publicó algunas breves composiciones literarias de gran mérito, como su *Idilio (El árbol del buen pastor)*, obsequio á la memoria del presbítero doctor don José Cecilio Ávila, que

don Juan Vicente González llama *primeros acentos* suyos, al calificarlo de «prosa musical y poética», considerándolo acaso como el primer ensayo de su ingenio y sin duda por no atribuir importancia literaria á la *Introducción* del opúsculo mencionado, siendo éste de interés meramente político es verdad, pero no por eso destituido de un gran valor, al descubrirse allí el esfuerzo iniciativo de un talento superior en el sublime arte del pensamiento y la expresión.

Así se estrenó en el servicio de la República, con la espada y con la pluma, aquel que había de ser insigne historiador de sus tiempos heroicos; y, abandonada ya la aspiración que había tenido á vestir la toga del abogado, quiso cambiar ésta, como lo observa su benemérito biógrafo el señor Torres Caicedo, por las charreteras del militar, que ya en 1831 ostentaba en el grado de teniente.

Adscrito al Ministerio de Guerra y Marina de Venezuela, desempeñaba en él un modesto empleo, al mismo tiempo que seguía un curso de matemáticas en la Escuela Militar de la República; y así hubo de continuar activo en el trabajo de sus manos y en el estudio, hasta que, declarada la rebelión contra el Gobierno legítimo llamada *La Reforma*, en 1835, volvió á tomar las armas el galante soldado, y de nuevo se lanzó á los azares de la guerra en una campaña que puso pronto fin á los desórdenes producidos por los trastornadores de la época. De ella regresó ascendido á capitán de artillería; y en este grado, por fortuna de su nombre y gloria de la Patria, se detuvieron sus progresos en la carrera militar, pues que siguiendo en lo que por tal se tiene en ciertas repúblicas, habría de haberse hecho hombre inútil para las arduas labores militares y patrióticas á que, con tanta honra, dedicó los días de su importantísimo

servicio al país, volvió á su puesto en la Secretaría de Guerra y Marina, y fué entonces cuando concibió y puso por obra la idea de escribir su notabilísimo libro, en tres tomos, titulado *Resumen de la Historia antigua y moderna de Venezuela*, asociándose á las empresas geográficas del inolvidable general don Agustín Codazzi, por encargo del cual hizo él la revisión de la muy conocida y completa *Geografía de Venezuela* que nos legara aquel noble apóstol de las ciencias.

En 1841 se trasladó á París con el objeto de imprimir aquel gran monumento literario consistente en su citada obra de historia, la que allí acabó de escribir y publicó luego; hecho lo cual regresó á Caracas en 1842, y de allí tornó á viajar para Londres con encargo diplomático en que iba asociado al doctor Alejo Fortique, de respetable memoria. Discutiase entonces con la Inglaterra la peligrosa cuestión de límites suyos con Venezuela, cuyas resultas tienen hoy sobresaltado al patriotismo americano, y el señor BARALT pasó de Londres á Sevilla en 1843 á ocuparse en la busca de documentos relativos al asunto de los límites. Diz que cumplido su encargo, que él había desempeñado con tino y sagacidad, le llamó al seno de la Patria el Gobierno de Venezuela; pero el escritor ilustre que se contemplaba guiado por la mano del destino á la tierra propicia para que se hiciese útil su fecundo ingenio, había resuelto quedarse y residir en aquella histórica ciudad de la Península. En ella vivió algún tiempo empleado en la Gobernación civil, y después de algunos altibajos que en su situación particular, allí como en todas partes, le presentó la veleidosa fortuna, se dirigió á Madrid, donde permaneció todo el resto de su vida.

Allá murió el infatigable literato en la fecha

que dijimos al principio de este poco meditado y, en realidad, incompleto escrito.

En Madrid le había reservado la caprichosa suerte grandes triunfos y penas grandes, en cuya sucesión constante trascurrieron para él los últimos quince años de su laboriosísima existencia. Fué aquella la palestra de su gloria; el campo hermoso que en sus anhelos juveniles había divisado él para la coronación de su agitada carrera. Trató allí á los mayores ingenios españoles de la época, y el suyo adquirió entonces la gallardía y gentileza de que dió muestras insignes en su afanosa actividad.

Engrana en este lugar la mención de uno de los episodios desapacibles de la vida de BARALT, y por ventura la causa de la mayor y más justa indignación que él padeciera en todos sus días. La explicación de este incidente dejará aclarado el que refiere don José María Torres Caicedo en una nota de su biografía de BARALT (*Ensayos Biográficos*, página 306), cuando habla de la destitución violenta que contra el escritor venezolano, entonces súbdito del reino, decretara el Gobierno Español del puesto que aquél desempeñaba en 1857 como Administrador de la Imprenta Nacional y Director de la Gaceta de Madrid, y cuyos motivos, por no ser en aquel tiempo conocidos todavía del público, no expone el distinguido biógrafo colombiano.

En 1835 había sido concluido, ratificado y publicado el *Tratado Dominico-Español*, con el cual quedaba por un acto público y solemne reconocida por España la independencia de la República Dominicana; convenio de los más amplios y afectuosos, si los hay entre naciones, donde es de notar la recíproca inclinación que por los vínculos de raza, lengua, religión y costumbres se manifestaban el Reino de España y la República Dominicana. El Ministro Plenipotenciario de la República, que había logrado la terminación de aquel Tratado de reconocimiento, paz, amistad, comercio, navegación y extradición, había sido el señor don RAFAEL MARÍA BARALT, que servía en esto como en otros asuntos á la República Dominicana con sobrada lealtad y acendrado patriotismo, siendo aquél un país del cual se consideraba él casi hijo suyo, y al que, por tanto, amaba como cosa propia. Sobrevinieron luego disturbios civiles en la República Dominicana, y la conducta del Cónsul General de España en ella (don Antonio María Segovia) dió lugar á una grave cuestión de desidencia en la interpretación del artículo 7 de dicho Tratado de reconocimiento, haciéndose preciso y urgente ocurrir de nuevo al Gobierno de la Reina, para que decidiese sobre el genuino y verdadero sentido del mencionado artículo. El señor BARALT gestionó en este asunto ante el Gobierno de España, á la sazón presidido por el Marqués de Pidal, actuando con el carácter de Ministro Plenipotenciario de la República *ad hoc*; y logró tan cumplido éxito en la negociación, que el 19 de diciembre de 1856 el Gobierno Español, animado de un noble espíritu de benevolencia y cordial franqueza, daba ya por terminado el incidente, y resolvía las dudas en el sentido que lo había pedido el Gobierno Dominicano. Pero á BARALT, que servía á la República y no á sus partidos, y que sólo anhelaba por «la gloria de un pueblo que le interesaba denasado», como más tarde lo declaró él mismo, había de convertirse aquella satisfacción de que se llenaba al ver el feliz acabamiento de la obra que se le había encomendado, en fruto amargo de desengaños é ingratitud, que le disponían al más duro trance que en su vida pasó.

Las comunicaciones que contenían este

resultado con las expresiones del justificado alborozo que por él sentía el Representante en Madrid de la República, llegaron á Santo Domingo cuando, habiendo desaparecido el Gobierno que lo había procurado, acababa de surgir otro á quien interesaba una solución contraria á la que le era comunicada, y la cual (la obtenida por el señor BARALT), en justicia sea dicho y con paz de todos los intereses banderizos, era la que convenía al honor y á la dignidad de la Nación Dominicana.

Nada hay que extrañarse pueda en la ceguera á que las pasiones de la política menuda y mezquina conducen á veces á los hombres; pero se ofrecen en verdad casos bien raros, que le vuelven á uno perplejo acerca de lo mismo en que basta el sentido común para decidir de lo justo ó de lo injusto. ¡Cómo! El nuevo Gobierno de Santo Domingo olvida en un instante los valiosos servicios que la República había recibido de su ilustre Ministro, y ofuscado por la contrariedad que sufre en sus miras de interés transitorio, resuelve afrentar á un hombre eminente destituyéndole del cargo de un modo hosco, agrio y ofensivo en los términos; y no contento con esto, lleva adelante su inquina, hasta perseguirle allá en la propia morada, y henchir de sinsabores su generoso corazón, procurando que mano extraña le agrave en los más caros intereses y le anonade con golpe súbito!

Lo cierto es que al mismo tiempo que las dimisorias mandadas por el Gobierno Dominicano al señor BARALT, llegaron á Madrid copias de los despachos diplomáticos confidenciales que el había escrito al Gobierno que representaba, enviadas *de oficio* al de la Reina por el Cónsul General y Encargado de Negocios de España en Santo Domingo, señor Segovia. En esos despachos, que no pudieron ir á manos del Cónsul de España sino franqueados por el Gobierno Dominicano, y que eran de suyo delicadísimo é inviolables, y corrían bajo la salvaguardia de la buena fe de toda una nación, en interés de la cual habían sido escritos, se hallaban ciertos pasajes mortificantes para el Gabinete que entonces gobernaba en Madrid y con especialidad para su Jefe, el Marqués de Pidal, á quien se trataba de indolente. Aquí precisamente aparece el objeto de este paso incalificable, pues no pudo ser otro que ofender en el honor y en la hacienda al mismo que había prestado eminentes servicios á la República, como en efecto sucedió.

El Consejo de Ministros de Madrid tomó en consideración los despachos diplomáticos del señor BARALT, acordó desde luego su destitución del empleo que en su calidad de súbdito español servía en la Corte, y pasó traslado de ellos al Tribunal Supremo, consultándole si prestaban fundamento para formarle causa por injuria y desacato al Gobierno.

En 19 de febrero de 1857 avisaba recibo el señor BARALT, no conociendo aún la magnitud del daño que se le había causado, de la comunicación del Gobierno Dominicano en que le daba sus dimisorias; entra con él en debate enérgico y afuente de razones, no para justificarse (que no lo había menester), sino para inculpar al dicho Gobierno su conducta, y hacerle ver la sinrazón de los fútiles motivos en que la fundaba; y pocos días después (el 26 del mismo) aparecía en la Gaceta de Madrid la Real Orden siguiente:

«Ministerio de la Gobernación.—Subsecretaría, Negociado 49.—La Reina (Q. D. G.) ha tenido á bien destituir á U. S. del encargo de Administrador de la Imprenta Nacional y Director de la Gaceta. De Real Orden lo comunico á U. S. para su inteligencia y cum-

«plimiento.—Dios guarde á U. S. muchos años.—Madrid: 25 de febrero de 1857.—No CEDAL.—Señor don Rafael María Baralt.»

«Todo en este documento (dice el mismo BARALT) fué cuidadosamente estudiado para «producir grande impresión en el público, y «para herirme á mi profundamente . . . Nunca, «ó rara vez, se había hecho uso en la noble y «generosa España de términos semejantes para «separar de su destino á un empleado del Go- «bierno como la separación (por circunstancias «propias de ella) no llevase consigo aparejada y «urgente necesidad de prisión preventiva y «formación de causa criminal.»

Por fortuna el descalabro no siguió adelante y en esto pararon las angustias, por haber consultado negativamente el Tribunal Supremo, fundándose, entre otras consideraciones, en que el señor BARALT «había obrado dentro del círculo de atribuciones diplomáticas consentidas «y autorizadas por el mismo Gobierno Español; «en que los despachos diplomáticos son, por su «naturaleza y por las leyes del Derecho univer- «sal de Gentes, sagrados é inviolables, consti- «tuyendo negocios de Estado entre los Gobier- «nos y sus respectivos Representantes; en que, «propiamente hablando, no había cuerpo de «delito, pues, al considerar cómo tal los referi- «dos despachos, la causa y el juicio serían inmo- «rales por fundarse en un crimen de felonía, «cual lo es la revelación de negocios de Estado, «la entrega indebida de documentos que no «pertenece á ninguna de las Partes y el más «indigno abuso de confianza,» etc., etc., etc.

Entre los motivos de extrañeza que así para el público español como para el mismo señor BARALT hubo de tener la violenta conducta que con él observara el amor propio herido del Marqués de Pidal, figura, á más de los miramientos á que BARALT era acreedor, por sus prendas personales, el hecho de haber sido él, en 1854, autor de un famoso *Manifiesto* que, adoptado y suscrito por el Gobierno Español, había sido obra de grande y oportuno remedio para males de actualidad entonces en la política española, y que, al decir del señor Torres Caicedo, mereció el elogio de todos los periódicos de Europa. El mismo BARALT menciona el hecho á que nos referimos entre las causas que tuvo para sorprenderse y sentir semejante proceder del Gabinete Español, y se expresa así:

«Había aún (dice) otra cosa más notable «sin duda á que atender; y era el no olvidado, «ni fácilmente olvidable servicio que hice al «Trono y á la dinastía reinante en 1854, pre- «cisamente cuando se hallaban muy lejos de él «y de ella los hombres que más blasonaban «entonces y más blasonan hoy de ser sus vale- «dores y sostenes.»

Pasado este incidente que mucho debió de contribuir á rodear de sufrimientos los últimos tres años de la vida de nuestro ilustre compatriota, las cosas políticas cambiaron en la República Dominicana, y renovado el Gobierno en las personas que lo representaban, se ocupó luego en desagrar por un acto público al señor BARALT de la anterior ofensa, decretando el Senado Consultor, en 9 de marzo de 1859, un voto de gracias en nombre de la República á don RAFAEL MARÍA BARALT por los servicios con que había merecido bien de la Patria.

Sólo así habría podido escapar el sentimiento de todo un país á los cargos de que se había hecho merecedor por la injusticia con que se había tratado en su nombre á un sugeto extraño completamente á aquellas discordias íntimas, amante sólo de la gloria nacional, y servidor ingenuo de sus legítimos intereses. BARALT,

por su parte, debió de darse por satisfecho con este acto, hasta el punto de mostrar su afecto hacia aquella República al morir, legándole, según se dice, su biblioteca como una prueba de cariño.

Como filósofo y publicista, BARALT hizo suya la arena de la prensa periódica en España, y combatió en ella con denuedo por la Patria y por la ciencia: fundó algunos periódicos que alcanzaron nombradía y colaboró en otros; publicó entonces sus más famosas composiciones poéticas, gran número de opúsculos literarios y políticos á que ya nos hemos referido, una obra filológica de grande importancia, su *Diccionario de Galicismos*, y, por último, el prospecto de su monumental empresa científica esperada con admiradora curiosidad por los españoles doctos de su tiempo, el *Diccionario Matriz de la Lengua Castellana*.

Entonces fué cuando su nombre se inscribió entre los inmortales del *Parnaso Español*, con aquellas odas *Á Cristóbal Colón*, *Á España*, *Á La Anunciación*, *Á La Inspiración*, *Á Isabel II*, *su Adiós á la Patria* y sus demás composiciones ligeras, vaciadas todas ellas en las turquesas de la dicción clásica, encumbradas á la sublimidad de la inspiración y la sabiduría, y que pueden ser consideradas todas, juntamente con sus obras de prosa, como «un prodigio «de imaginación, un tesoro de sentimiento y «un archivo inagotable de seductoras antigua- «llas,» según frase aplicada al orador y orlam- «tario don Antonio Aparisi y Guijarro, escritor español don Francisco Cañamaque, en la cual vemos nosotros una síntesis de lo que nos cumple decir del malogrado sabio venezolano.

Ignorantes á la verdad nos hallamos de los detalles, por demás necesarios á una reseña como ésta, que acompañaron los primeros y los últimos años de la vida de nuestro gran literato; y apenas si nos es dado, al referirnos á su infancia, recordar lo que de labios autorizados hemos oído, á saber: que de niño nunca jugó á la manera comúnmente usada por los otros, pues, serio desde la edad primera, sólo tuvo afición á los libros, que fueron sus más preciados juguetes, y el objeto de su pasión en toda la vida.

Que sus primeros estudios los hizo en Maracaibo, para continuarlos después en Bogotá y en Caracas, considérelolo que haga memoria de haber sido esas tres ciudades la residencia que tuvo de los once á los dieziséis, de los dieziséis á los veinte, y de los veinte á los treinta años; y que en ellos aprovechó tanto, que llegó á poner con sus solitarias meditaciones la base de su gran saber, y á preparar su espíritu para tan notables obras como realizó, mírelo el que le contemple escribiendo con tino y solidez á la edad de veinte años, y con alta sabiduría, con elegancia, energía y propiedad inimitables, que después no tuvo para qué mejorar, de los veinticinco á los treinta.

Las obras de BARALT forman con las de Bello (únicos autores netamente americanos, estos dos, inscritos por la Real Academia Española en su *Catálogo de los escritores que pueden servir de autoridad en el uso de los vocablos y de las frases de la Lengua Castellana*—edición de 1874), con las de Toro, Cecilio Acosta y otros muy contados escritores de Venezuela, la literatura clásica nacional; y es deber del patriotismo recomendarlas á la juventud como el campo en que debe labrar de preferencia, y la escuela en que ha de educar su gusto y el sentido crítico y estético en lo tocante á la literatura. ¡Oh! si no estuviere lejano ya el día en que hubiésemos de contemplar reunidas en una serie de hermosos volúmenes las obras completas de este

ilustre hijo de Venezuela! ¡Ah! si á cualquiera de sus gobiernos le llegara á mover el sentimiento de la honra nacional con el laudable deseo de beneficiar al público; y «en obsequio de su propia gloria,» como dijo ya muy bien en 1860 el señor don Ermelindo Rivodó, decidiese al fin lo que há tiempo se lamenta no haya sucedido: la recopilación de los escritos del poeta y prosador eximio que tan grato nombre ha dejado á la posteridad!

De patriota y de honrado es de lo que mejor y más justamente debe calificarse al señor BARALT, al descender á las condiciones de su carácter personal. Demostrólas él con lujo de pruebas en la milicia, en la política y en la literatura, así en Venezuela como en España; y le llevaron ellas en una y otra de sus dos Patrias, la natal y la adoptiva, á las fatigosas luchas de la prensa, y á los conflictos de la guerra también; de modo que alcanzó en la primera grados militares y en la segunda una valiosa condecoración (la de Comendador de la Real y distinguida Orden de Carlos III), habiendo dejado en ambas huella indeleble de los bríos con que supo combatir por su demanda en materia de principios.

Durante la década que pasó en Caracas, casó allí el señor BARALT con la distinguida señorita doña Teresa Manrique, la que, viuda suya hoy, vive en París con su respetable familia, heredera de tan ilustre nombre.

Fué este egregio literato, al par de gran patriota y fervido amador de las ciencias, de la libertad y progreso, un hombre exquisito en los afectos de familia. Ni los olvidó nunca en medio de las vicisitudes de su peregrinación, ni de su corazón salió jamás el sentimiento de la Patria. Á su venerable padre, el señor Coronel don Miguel Antonio Baralt, le escribía él desde Madrid el 22 de junio de 1857, carta íntima, las expresiones que siguen: «Las de intensísima ternura y gran melancolía.

«El bien, la dicha de mi familia es mi único «deseo en este mundo; pues en cuanto á mí, «ya sé por lo pasado lo que debo esperar de lo «porvenir. Resignado al trabajo y á las tribu- «laciones que han acompañado todos los pasos «de mi vida, con una tenacidad fatal y no «interrumpida, la felicidad; ó siquiera el reposo, «me parecen cosas inverosímiles á las cuales no «estoy predestinado. Mis últimas esperanzas «murieron con mi inolvidable tío Luis, y en su «sepulcro moran.»

Hace luego referencia á la pérdida total de su hacienda, que antes había sufrido en Londres, y añade:

«Mi salud, ya quebrantada, ha ido desde «entonces cada día en mayor decadencia: mi «espíritu ha desfallecido con el cuerpo; y no «sabiendo ya á dónde volver la vista en busca «de luz y de consuelo, he pedido en vano la «una y el otro á la paciencia. Como quiera, «todavía me queda íntegro el corazón para «amar á usted, para amar á todos, y para ser «dichoso con sus prosperidades.»

Todo interesa en la manera de ser de los hombres notables que se señalan en la sociedad para ser admirados de los demás; y los rasgos que acabamos de copiar referentes á la vida íntima de éste de quien venimos hablando, dejan ver en él un gran corazón, un alma nobilísima, que da gusto hallar como fondo y base de su luminosa inteligencia. Los altos espíritus que no cuentan entre los motivos de su prestigio el singular de la virtud, el cual nace y se desarrolla en las luchas del corazón, no alcanzan ni á la verdad merecen el absoluto dominio que sobre todas nuestras facultades ejercen para hacerlas tributarias á la superioridad con que nos atraen y encantan.

Oigamos á BARALT hablándonos una vez más de esas cosas de la intimidad, sagrado asilo del alma, donde ésta suele transparentarse y dejarse ver tal como ella es en realidad:

«Mucho deseo (dice á su señor padre en la carta citada), mucho, muchísimo, ver letra «suya, y que me cuente su vida y su estado. «Pocas satisfacciones, mejor dicho, ninguna, «puede darme la suerte tan grande y pura, «como la de ver su querido y respetado nom- «bre al pie de una carta en que bendiga á su «primogénito. . . ¿Qué es de todos los pa- «rientes y amigos? ¿cuáles de ellos han muer- «to? ¿cuáles viven? . . . Ah! ¡cuántas veces «pienso en ellos; y cuántas se agita mi cora- «zón en la duda de su suerte!»

Por los afectos de la familia se ha entrado en la Patria, y al encontrarse con ella el corazón, se le expande, y continúa con esta melodiosa expresión de su ternura:

«Todo se ama en la Patria cuando uno está «distante de ella: los hombres, y las cosas, y los «amigos, y los enemigos, y el aire, y la tierra, y «las piedras! ¿Quién me diera ver, aunque fuera «un instante, esa playa querida; ver á usted, «abrazarle, y morir? Salude usted en mi nom- «bre todo lo que contienen esos sitios santos «para mi corazón, y dirija al Cielo una fervien- «te súplica por que me conceda la dicha de «verle una vez más antes de dejar el mundo.»

Hé ahí al hombre. ¡Cuánta pureza en los sentimientos! ¡Qué patriotismo tan sincero y cordial! ¡Cuán digna de imitación habrá de ser siempre esa manera de sentir y de hablar, pues que nada es tan cierto como aquello de que las palabras salen de la abundancia del corazón!

En esas frases vertidas en el seno misterioso de la intimidad, hallamos al hombre identificado con el poeta, y bien vemos ya cómo no son pura obra de la imaginación, sino efectos de un sentimiento vivísimo, todas aquellas estrofas en que en su *Adiós á la Patria* enumera los objetos de su predilección, por quienes lloran en el suelo extranjero, y va recordando enterrecido la onías del viento, el ruido de las fuentes, el ce acento de las hijas de su «tierra del Sol amada,» hasta exclamar:

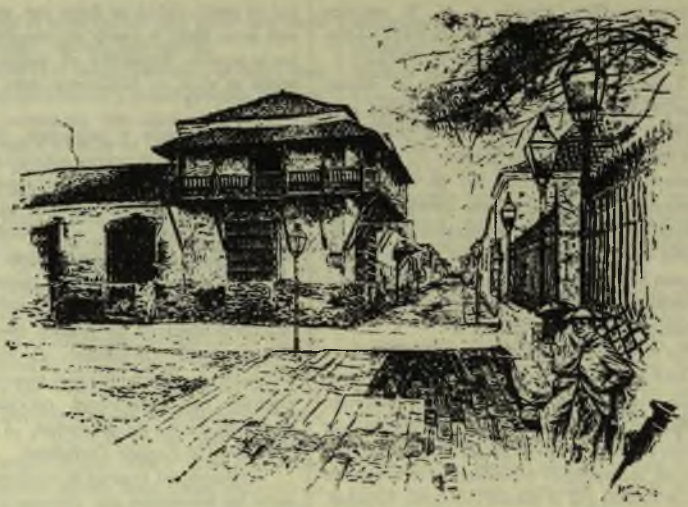
Y de mi dulce hermano
y de mi tierna hermana las caricias;
y las que vuestra mano
en el albor temprano
de mi vida sembró, puras delicias,

¡Oh madre! ¡oh padre mío!
y aquella en que pedisteis, mansión santa,
con alborozo pio
el celestial rocío

para mí, débil niño, frágil planta;
Y tantos; ay me! tantos
caros objetos que, en mi triste historia
de miserias y llantos,
marcan á mis quebrantos
breve tregua tal vez con su memoria:

Todos yacen perdidos;
que ausente del hogar en tierra extraña,
mis penates queridos
lloran entristecidos
en tu almo suelo al refugiarse, España!

Salve, oh Venezuela! madre ilustre de incultos varones, que han sido para el mundo objeto de admiración; y que, habiendo mere-



PLAZA BOLIVAR. — Vista de la antigua casa que era conocida con el nombre de "El Chirimoyo" y en cuyo lugar se ha levantado el edificio de la Exposición Zullana.

cido el amor de extrañas naciones, te han dejado á ti la gloria de ver que la tuya sea la misma que á otros corresponde, porque ellas tuvieron la dicha de hospedar en su seno y hacerse propios los genios que de ti partieron!

No sea jamás una esterilidad oprobiosa la consecuencia ilógica de la pasada gloria.

VICTOR ANTONIO ZERPA.

Curacao: enero de 1888.

ADIÓS A LA PATRIA.

TIERRA del Sol amada,
— donde, inundado de su luz fecunda,
en hora malhadada,
y con la faz airada,
me vió el lago nacer que te circunda!

Campo alegre y ameno,
de mi primer amor mudo testigo,
cuando virgen, sereno,
de traiciones ageno,
era mi amor de la esperanza amigo!

Adiós, adiós te queda!
Ya tu mar no verá cuando, amorosa,
mansa te ciñe y leda,
como delgada seda,
breve cintura de mujer hermosa;

Ni tu cielo esplendente,
de purísimo azul y oro vestido,
do sospecha la mente
si en mar de luz candente
la gran masa del Sol se ha derretido;

Ni tus campos herbosos,
do en perfumado ambiente me embriagaba
y, en juegos amorosos,
de nardos olorosos
la frente de mi madre coronaba;

Ni la altiva palmera,
cuando en tus apartados horizontes
con majestad severa
sacude su cimera,
gigante de las selvas y los montes;

Ni tus montes erguidos,
que en impio reto hasta los cielos subes,
en vano combatidos
del rayo, y circuidos
de canas nieves y sulfúreas nubes.

Adiós! El dulce acento
de tus hijas hermosas; la armonía
del suave concento
de la mar y del viento
que el eco de tus bosques repetía;

De la fuente el ruido;
del hilo de agua el plácido murmullo,
más amable á mi oído
que, en su cuna mecido,
es grato al niño el maternal arrullo;

Y el mugido horroroso
del huracán, cuando, á tu — postrado
del Ande poderoso,
se detiene sañoso,
y á la mar de Cóiñ revuelve airado;

De la condor el vuelo,
cuando desde las nubes señorea
tu frutecido suelo
y en el campo del cielo
con los rayos del Sol se colorea;

Y de mi dulce hermano
y de mi tierna hermana las caricias;
y las que vuestra mano
en el albor temprano
de mi vida sembró, puras delicias.

¡Oh madre! ¡oh padre mío!
y aquella en que pedisteis, mansión santa,
con alborozo pio
el celestial rocío
para mí, débil niño, frágil planta;

Y tantos; ay me! tantos
caros objetos que, en mi triste historia
de miserias y llantos,
marcan á mis quebrantos
breve tregua tal vez con su memoria:

Todos yacen perdidos;
que ausente del hogar en tierra extraña,
mis penates queridos
lloran entristecidos
en tu almo suelo al refugiarse, España!

Puedas grande y dichosa
subir, oh Patria! del saber al templo,
y en tu marcha gloriosa
al orbe, majestuosa,
dar de valor y de virtud ejemplo!

No te duela mi suerte,
no maldigas mi nombre, no me olvides!
que, aun vecino á la muerte,
pediré con voz fuerte
victoria á Dios para tus justas lides.

RAFAEL MARÍA BARALT.



PLAZA BOLIVAR. — Vista del Palacio de Gobierno de Maracaibo tomada por un lado.